

al fin en el peor que apareció en la *Gaceta* del día 18, diciendo: «Que los americanos con *infame cobardía* rodearon tumultuariamente el campo de París, despues que sorprendieron los centinelas, apoderándose de la artillería y caballos. En la accion resultó herido D. Juan Machain, comandante de Acapulco que guardaba los cañones y D. Francisco Rionda que estaba de prevencion.» Y como decia ademas, que los insurgentes no podrian mover la artillería de donde estaba; que París se habia retirado á los Cuohulotes, y de allí á San Márcos para fortificarlo; pero que no pudiendo verificar ni allí la reunion de los dispersos se habia *acuartelado* en Cuautepec, no corriendo la fortaleza de Acapulco ningun riesgo de caer en poder de Morelos, resultó que todas las gentes comenzaron á creer lo contrario, viendo la torpeza con que se queria paliar un revés de tan gran tamaño.

Entre el torbellino que se produjo en torno de Morelos con este acontecimiento, no se notó la entrada al Tecpam de un hombre sospechoso, sino hasta que él mismo se presentó en el alojamiento del general solicitando audiencia.

—¿Quién es? preguntó Morelos al oficial que se lo anunciaba.

—No ha querido decir su nombre, pero me parece por el acento un gallego.

—¡Ah! ¡español! ¡Militar?

—Me parece que sí, aunque viene vestido de paisano.

—Que entre.

## CAPITULO QUINTO.

PEPE GAGO.

Ademas de la artillería bien dotada de parque, produjo á Morelos la sorpresa de Tres Palos, seiscientos fusiles, cincuenta y dos cajones de cartuchos, víveres y dinero en abundancia, que segun expresion de Bustamante, se repartieron los soldados por mano propia. Con este golpe pudo ya disponer el caudillo del Sur de una buena armada que formó á costa del enemigo, una vez que segun hemos visto, todo le fué quitado á éste por medio de los subalternos, sin haber tenido necesidad de emplear grandes trabajos personales ni de exponerse en todos los peligros.

La derrota de París, acaecida el 4 de Enero por la noche, produjo tal efervescencia en la capital, que el virey Venegas mandó escribir diversos artículos para desvanecerla, sin que ninguno le gustara, se fijó

A poco se dejó ver en la habitación del caudillo un hombre de piel tostada, de ojos vivos y centellantes, de espesos bigotes sombreando unos gruesos labios y de anchas espaldas, vestido de lienzo como los trabajadores de la costa.

—¿Qué deseaba usted, amigo mío? le preguntó Morelos.

—Comienzo por decirle á su señoría que soy militar, dijo el gallego.

—Se conoce á legua, le contestó Morelos riendo; pero ¿qué vientos le traen á usted á entregarse en nuestro poder?

—Traigo un negocio muy grande.

—Veamos el negocio.

—He dicho que soy militar, pero me faltó agregar á vuestra señoría que soy artillero y pertenezco á la guarnición de Acapulco.

Morelos se levantó de su asiento y acercó al hombre á la ventana para verle el semblante á plena luz, pues empezó á ver el negocio por el lado de las sospechas.

—Siga usted.

—Y vengo á proponer á vuestra señoría la entrega de la fortaleza.

—La entrega de Acapulco?

—Sí, mi general.

—Pero usted no podrá hacerlo sin contar con otras personas?

—Cuento con toda la gente que se necesita y mas principalmente con la de mi batería.

—No me disgusta la proposición, y como entiendo que este paso que usted da no ha de ser de balde, dígame lo que desea en cambio.

—Tres mil pesos en dinero y un empleo de capitán en este ejército, por si se me descubre y se me persigue.

—Arreglado, contestó Morelos. Aquí tiene usted á cuenta todo el dinero que se encuentra en mi caja y el resto y algo más lo recibirá usted cuando estemos en Acapulco.

Morelos le entregó trescientos pesos, y en seguida fueron convenidas las señales para proceder á la operación por la noche del tercer día siguiente.

Ya se iba el gallego cuando volviéndose de la puerta, dijo:

—Creo que necesito un salvo-conducto para no tener que volverme con tantas precauciones como he venido.

—Es justo, contestó Morelos. ¿Cómo se llama usted?

—Pepe Gago; es decir, me llamo José, pero todo el mundo me conoce por Pepe.

El mismo cura extendió el pasaporte con el nombre familiar de Pepe Gago.

Muchas personas vieron salir del alojamiento del general á tan extraño personaje y no dejaron de hacer conjeturas, pero se guardaron muy bien de dirigir á aquel preguntas indiscretas, porque los tenía

acostumbrados á darles cuenta solo cuando le convenia, de la mayor parte de sus operaciones.

Gago salió del pueblo y Morelos mandó practicar varios movimientos de tropas, poniéndose él mismo al frente de seiscientos hombres que fueron á colocarse el 7 de Febrero en la noche en el cerrito de las Iguanas, inmediato al castillo.

Después de haber dormido cuatro horas tendido sobre el suelo, sin quitarse siquiera las botas y cubierto el rostro con el mismo sombrero, se despertó á eso de las dos de la mañana, y desde ese momento se puso en observación del castillo, reconcentrando toda su atención en aquel punto negro dibujado con rasgos sombríos en el horizonte.

Eran cerca de las cuatro de la mañana cuando vió aparecer un farol que despedia una luz intensa en medio de la profunda oscuridad que reinaba, el cual después de varios vaivenes fué colocado sobre el baluarte que quedaba dando frente á su izquierda.

—Esa es la señal convenida! murmuró por lo bajo Morelos, ¿me cumplirá su palabra Pepe Gago?

Y deteniendo su primer impulso que fué el de ordenar el movimiento de sus tropas segun se necesitaba, dijo otra vez para sí:

—¿Y si me engaña? ¿y si me juega una traición? ¿Es creíble que siendo español consienta en entregar á los mismos suyos? ¿No será un ardid del comandante de la fortaleza para destruirme de un golpe?... Pero el caso es que no me destruirá porque todavía

dejé á mis espaldas dos mil hombres que están bien armados y que me bastarán para dar desarrollo á mis próximas operaciones.

Después de seguir cavilando otro segundo, dijo ya casi en voz alta y con tono resuelto:

—¡Eh! ¡Obra de Dios! Si me sale mal, nada se pierde después que tanto se ha ganado, y si me sale bien será el paso mas grande que se haya conseguido dar en favor de la revolución.

Entonces despertó Morelos á su inseparable Avila al cual dijo en breves palabras lo que tenia que hacerse, dividiéndose el pequeño ejército en dos columnas para penetrar al castillo, la una por la misma puerta y la otra por las escalas que debian estar ya pegadas contra la muralla, segun lo convenido.

Así se hizo, desprendiéndose una columna del Chorrillo y otra del Campo-Santo. Llegó primero en medio del mayor sigilo la que llevaba la dirección de la puerta.

—¿Quién vive? preguntó el centinela.

—Pepe Gago, contestó el intrépido Avila con voz robusta.

—¿Vienen ahí el señor cura Morelos y el comandante Tabares? preguntó una voz mas reposada que la del centinela, y era la del mismo jefe Carreño.

—No vienen aquí, contestó Avila.

—¡Fuego! gritó entonces el jefe de la guarnición.

Y á la vez por todas las troneras salieron grandes

fogonazos, siendo tan nutridos los tiros de cañon y fusilería, que segun expresion de un historiador, pudiera haberse buscado con tanta luz una aguja en el suelo; pues que á la vez disparaban su artilleria sobre los engañados insurgentes, todas las lanchas cañoneras que habia en el puerto.

Agrega el mismo historiador, que la calle del Hospital se llenó de tanta metralla, que al dia siguiente se recogia como arena.

Morelos que iba al frente de la otra columna, al ver que no habia niaguna escala en los puntos convenidos, y al ver iluminarse el espacio en que se encontraba á pecho descubierto, con el fuego de la artilleria, no pudo menos de exclamar cruzando los brazos y mirando airadamente hácia la fortaleza:

—Allí está el traidor, pero Dios lo libre de caer alguna vez en mis manos, porque será el único hombre que mande con gusto al cadalso.

Y como era peligroso permanecer un momento mas en aquel sitio, ordenó la retirada que se hizo con tal espontaneidad, que fué necesario detenerla un poco mas adelante para que no se convirtiera en completa dispersion.

Llegando al Ojo de Agua, punto por donde precisamente todos tenian que pasar, y empezando ya á alborear la mañana, de manera que podian verse bien los objetos, Morelos tuvo la ocurrencia de atravesarse en el camino, lo cual detuvo hasta á los mas medrosos por respeto á tener que pasar sobre él para continuar la carrera. Cuando hubo delante de é

una gran muchedumbre de dispersos, se levantó y les dijo con toda tranquilidad:

—¿Por qué huyen ustedes? ¿Qué peligro corremos ya aquí donde estamos? Vamos ahora á ordenarnos y á seguir marchando como saben hacerlo los soldados valientes.

Morelos reunió toda su gente y volvió pocos dias despues sobre Acapulco poniéndole un cerco que dió lugar á varias peripecias, entre ellas una desfavorable al caudillo independiente que lo hizo abandonar tan árdua empresa, y fué el ardid de que se valieron los realistas en un dia en que los soldados insurgentes dueños de la poblacion de Acapulco se habian entregado á los mayores desórdenes. Entonces varios grumetes de Guayaquil vestidos de mujeres se apoderaron de tres cañones abandonados, uno de ellos de la goleta "Guadalupe," que fué llevado á bordo con gran pompa, haciéndose gran mérito de tan fácil victoria.

Vuelto Morelos á ocupar sus puntos de la Sabana y el Veladero, esperaba á las tropas que se mandaban de refuerzo para atacarlo, al mando del bizarro comandante D. Nicolas Cosío, cuando cayó gravemente enfermo, y retirándose á hacer su curacion en Técpam, dejó encomendadas las posiciones á su teniente D. Francisco Hernandez y á su segundo, D. Miguel Ramírez, que huyeron cobardemente al avistarse el enemigo.

Entonces uno de los soldados salvó á la tropa del mas inminente peligro, gritando:

—¡Viva D. Hermenegildo Galeana!

Aunque aquel valiente se encontraba enfermo, aceptó el mando, dispuso la defensa en un abrir y cerrar de ojos, y los realistas mandados por el nuevo gefe Cosío fueron rechazados con grandes pérdidas.

Cosío no se desalentó, sino que antes bien pidió nuevas tropas de Acapulco y de México, y siguió sitiando aquellas posiciones por espacio de tres meses sin que dejaran de ser rechazados los asaltos de los realistas, distinguiéndose entre los independientes Galeana, Avila y el padre Talavera que siempre estuvieron en los lugares de mayor peligro.

Vuelto Morelos á su campo, vió que ya no había víveres ni parque y encomendó á Galeana la ruda, la temeraria empresa de romper el cerco formado por un anillo bien cerrado de fusiles y cañones: Galeana salvó todo cuanto tenían perfectamente, pero como el caudillo había decidido sacrificarse quedándose á retaguardia, fué el que sufrió todo el empuje del enemigo en el arroyo de Zoyolapa, perdiendo la poca gente que le acompañaba. Entonces Cosío ocupó la Sabana sin dificultad rindiendo el parte de su triunfo.

El pago que obtuvo Cosío del gobierno virreinal, fué ser sustituido á poco tiempo por el realista Fuentes, un viejo militar que habia encañecido en las campañas.

El padre Morelos que nunca perdía su buen humor, ni nunca dejaba de hallar un recurso á mano en los casos más apurados, exclamó á la segunda noche de su fracaso al tiempo en que le hacía su cama Francisco

en la falda de un cerro separado del camino, estando acompañado solo de una veintena de hombres que habian amarrado sus caballos á los árboles:

—Hombre, no me dan ganas de acostarme esta noche.

—¿Por qué, mi amo?

—Porque se me figura que nos vienen siguiendo las huellas los realistas.

—Siempre encontrarán á un despierto.

—Es que á tí te voy á mandar en el acto á una comision importante.

Y antes de que se le fueran las ideas hizo que le prendieran una luz y sobre las rodillas escribió un papelito que entregó á Francisco diciéndole:

—Pronto, á la hacienda de Chichihualco, á cualquiera de los Bravos.

En el papel les decia simplemente que si eran patriotas ministraran algunos víveres á la tropa que iba comandando Galeana muerta de hambre.

Los Bravos estaban ocultos en una cueva de sus terrenos llamada el *Michapa*, para no servir á los realistas, y al recibir la misiva de Morelos se entusiasmaron de tal modo que salieron de su escondite y llamaron á Galeana para proporcionarle cuanto necesitara.

Estando en la hacienda los insurgentes muy maltratados con las fatigas de la guerra, les sorprendió el realista Garrote, y hubiera acabado con todos á no ser por los Bravos, que á la cabeza de la gente de la

hacienda cargaron sobre el enemigo derrotándolo completamente.

Cuando lo supo Morelos, exclamó:

—¡Inspiracion del cielo! Contando ahora con los Bravos me considero invencible en el Sur, en donde no lograrán extinguir la revolucion todos los ejércitos realistas.

Manló inmediatamente que Avila con cuatrocientos nombres cuidara el punto del Veladero que lo consideraba como el baluarte principal de sus operaciones y él se dirigió á la hacienda de los Bravos, en donde pudo pasar revista á una fuerza de poco mas de mil hombres bien armados y municionados.

—No hay que tomar reposo, dijo á sus nuevos amigos los Bravos al tiempo de estar comiendo con ellos y con los Galeana, en vez de dormir la siesta, vamos á emprender la marcha inmediatamente.

—V. E. es nuestro gefe y nosotros sus subalternos, señor cura, le contestó D. Víctor, así es que cuanto V. E. ordene tendrá que ser ciegamente obedecido.

—Yo digo lo mismo, exclamó D. Nicolas con brío. Morelos le atajó las palabras diciendole:

—Alto, jóven, usted acaba de casarse, y no es justo que lo separemos del tálamo en tales circunstancias.

D. Nicolas insistió con tal ahinco, que fué necesario aceptar su heroico sacrificio.

El objeto de Morelos era rehacerse prontamente,

y cayó como un rayo sobre Tixtla, en donde estaban con fuerzas los realistas Cosío y Guevara, á quienes venció á pesar de la resistencia del cura que quiso defenderlos con la custodia en las manos.

A su vez el destacamento que quedó allí fué atacado con mil y quinientos hombres por el viejo Fuentes, pero volvió Morelos á tiempo de salvar á los Galeana y Bravo en los momentos mas comprometidos, consumándose la derrota de los realistas con pérdida de cuatro cañones y seiscientos fusiles.

En esta accion el segundo de Fuentes era el oidor de Guadalajara Recacho, que como en la Barca, lo primero que hizo, fué correr á los primeros tiros, sólo que en esta vez su estampida no fué á detenerse sino en España.

Tras de la ocupacion de Tixtla y Chilpancingo, los independientes se dirigieron á Chilapa en donde tenían su cuartel general los realistas, no dando tiempo ni á las familias que se preparaban para salir de allí con sus equipajes á que lo verificaran.

En este pueblo se aprehendieron mas armas y municiones y algunos prisioneros. Respecto de éstos dió Morelos la orden de que los españoles fueran remitidos á Zacatula, y los americanos refundidos en los cuerpos.

—Es que entre los prisioneros españoles hay uno que se encontró debajo de la cama y otro que es americano, tendrá su merced mucho gusto en verlos, dijo Colás que acababa de llegar seguido de Francisco.

—Que vengan acá, contestó Morelos.

Los prisioneros fueron introducidos.

—¡Ah jál! yo conozco á éste dijo el cura fijándose en el primero que habia entrado, se llama D. Toribio Navarro y recibió 200 pesos que yo le entregué, para que fuera á insurreccionar la Costa.

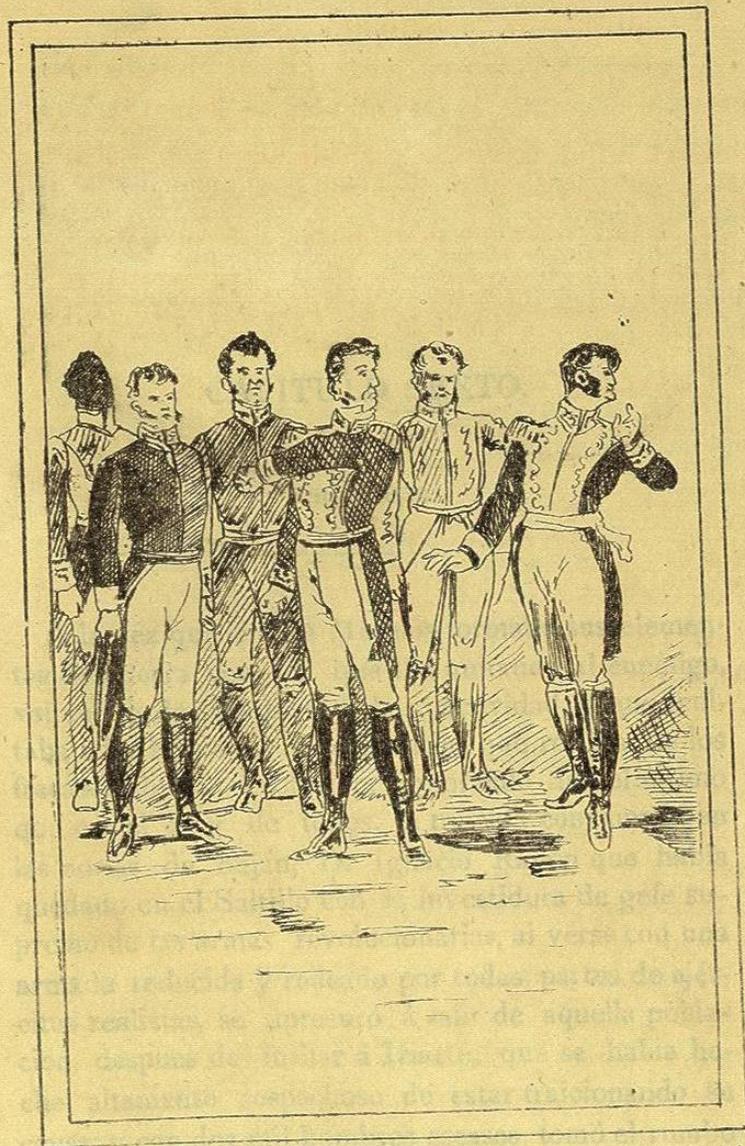
Y volviéndose al otro prisionero, exclamó casi fuera de sí:

—Pepe Gago!..... que pronto veniste á pagarla!

—Señor, dijo el gallego arrodillándose.

—Yo nunca he querido que se derrame sangre, continuó diciendo muy exaltado Morelos, pero ahora es imposible perdonar á pillos como estos ¡A la horca!

Media hora despues espiraban Toribio Navarro y Pepe Gago.



Rayon perdió la calma y por toda respuesta enrojeció el carrillo del audaz Ponce, dándole una soberbia bofetada.